

súplicas é instancias redujo este número al de cinco que fueron el General D. Antonio Manero, el Coronel D. Antonio Landa, el Teniente Coronel D. Francisco Aduna, el Comandante D. Pedro Gallardo, y el Capitán D. Agustín Drechi.

Informado de aquella dura disposición, el comercio se empeñó en salvar la vida de los sentenciados, y ofreció hasta \$ 100,000 por ellos. Pero todo fué inútil. Zuazua propuso al General Manero que le perdonaría la vida si dejando en prenda de su persona \$ 50,000, pasaba á San Luis Potosí, é hiciera que aquella plaza se rindiera á las fuerzas liberales. Manero rechazó con desprecio esa proposición diciendo que sufriría mil muertes antes que deshonorarse con semejante villanía.

Á las doce del día 30 de abril, los cinco sentenciados fueron fusilados. Su muerte trágica la sintió toda la sociedad que los estimaba tanto por su fina educación, como por sus sentimientos humanitarios. Antonio Landa se había granjeado la simpatía de los mismos liberales por la generosidad con que los había tratado, cuando se pronunció en Guadalajara, pudiendo haber mandado fusilar á Juárez y sus ministros á quienes salvó la vida, diciendo á sus soldados que iban á pasarlos por las armas, que tendrían que matarlo antes que atentar á la vida de los prisioneros.

Aquellas ejecuciones provocaron en toda la nación sentimientos de horror contra Zuazua cuya conducta salvaje tanto contrastaba con la de los jefes conservadores siempre empeñosos en evitar se aumentasen con los prisioneros de guerra los torrentes de sangre vertidos en los campos de batalla. Cuando se pronunciaron en Puebla contra el plan de Ayutla, Miramón y Orihuela tuvieron en su poder al General García Conde. No satisfechos con ponerlo en libertad, lo escoltaron para que los conservadores no lo molestasen. Miramón se escapó de la capitulación de Puebla, y Orihuela que se acogió á ella fué vilmente fusilado por el tristemente célebre general Pueblita. El bizarro general Osollo, vencedor de los liberales en Salamanca y Guadalajara, deja generosamente en sus empleos á los oficiales del ejército vencido, mientras el Congreso liberal del Estado de Sonora decretaba un voto de gracias á Pesqueira por el asesinato de Jesús Gándara y otros cien sonorenses que combatían en defensa de sus propiedades usurpadas por los constitucionalistas. El Coronel conservador Moreno alcanza una espléndida victoria en El Platanillo, pone en libertad á su prisionero Buenrostro y perdona la vida á otros jefes. En Puebla, cinco jóvenes que se habían resuelto á libertar á su patria del yugo liberal, son descubiertos; el general Alatríste los manda fusilar, y varios Congresos, imitando al de Guanajuato, decretan un voto de gracias al autor de aquellas bárbaras ejecuciones. Había, pues, unidad de pensamiento en todos los hombres del partido liberal quienes aplaudían calurosamente las disposiciones sanguinarias de sus caudillos. Vidaurri, Gobernador de Nuevo León, escribía á Zuazua con fecha 7 de mayo: « Si tanto han llorado los reaccionarios sobre las cinco tumbas que por principio de cuentas has colocado en el altar de la patria, ¿ qué harán cuando hayas segado quinientas cabezas retrógradas para ofrecerlas en holocausto á la diosa de la libertad? » El General Degollado felicitó á Zuazua por la toma de Zaca-

tecas, y admitió como necesaria la ejecución de los cinco jefes conservadores. *El Progreso* de Veracruz, órgano político de Juárez, escribió en defensa de Zuazua un artículo en que decía: « ¿ Y se llamarán con justicia y propiedad asesinatos esos actos de severo castigo impuestos á los que promueven la guerra civil, pretendiendo someter los pueblos á la voluntad de las bayonetas y sotanas? No, y mil veces no. Asesinos y verdugos son los que quieren conquistar los pueblos á sangre y fuego para perpetuar el despotismo, la superstición y la ignorancia; y es un deber de la sociedad, es un atributo de la justicia, imposibilitarlos de una vez, y para siempre arrebatárles los medios de inferir tan lamentables males, tan horribles atentados contra la humanidad, contra la patria, contra la tranquilidad, la paz y el porvenir de México. »

Esas palabras imprudentes no hicieron más que exacerbar los ánimos bastante irritados de los conservadores, y provocar en lo futuro funestas represalias contra los prisioneros de guerra. En esos mismos días (20 de mayo de 1858), el Teniente Coronel D. Manuel Piélagos, que al frente de una columna de 500 hombres había salido de Guadalajara en persecución de unas guerrillas liberales, logró sorprenderlas en las inmediaciones de los pueblos de Ahualulco y Ameca. Aprehendió en una hacienda á Ignacio Herrera y Cairo, que era uno de los cabecillas liberales, y en compañía de otro prisionero, lo mandó pasar por las armas. « Aquel joven, dice Ireneo Paz, tenía un defecto que echaba á perder todas sus buenas cualidades: el de embriagarse á la mejor ocasión. Ese vicio fatal fué el que tuvo la culpa, un poco más tarde, de que pereciese prematuramente un hombre que estaba llamado á un gran porvenir. » (t. 1, p. 88).

Esas represalias, provocadas naturalmente por los últimos fusilamientos de Zuazua, según confesión de un escritor liberal (*Camb.*), fueron reprobadas severamente por Zuloaga quien mandó encausar á Manuel Piélagos, y dirigió el siguiente oficio á D. Francisco Casanova, Comandante General de Jalisco: « El Excelentísimo señor Presidente me ordena diga á Usía que la conducta del Teniente Coronel Piélagos y las dos ejecuciones que ha ordenado, han causado una dolorosa sensación en el gobierno que ni quiere ni puede permitir que el ejército nacional se manche con una sola gota de sangre que se derrame fuera del orden de la justicia, y que bajo este concepto, es preciso que Usía mande inmediatamente separar del mando de la sección de tropas que tiene á sus órdenes, al expresado jefe, previniendo se le instruya el proceso correspondiente, para que sufra el castigo que merece por aquellos actos sanguinarios y deshonorosos para la milicia y el buen nombre de la nación. Nada puede empañar más el lustre de sus armas y la bandera que ha levantado, como imitar la conducta bárbara de sus enemigos. Los sucesos de Zacatecas y algunos otros bien lamentables, lejos de autorizar una política sangrienta, deben excitar á todos los que defienden los principios que se han proclamado, á no buscar otro apoyo que el de una justicia que no teme el examen ni de los nacionales ni de los extranjeros. »

Alentado con la ventaja que había alcanzado en Zacatecas, Zuazua marchó sobre San Luis Potosí donde se encontraba Miramón con 3,500 hombres; pero al saber que Osollo venía de México en auxilio de Miramón, retrocedió

inmediatamente, y á poco evacuó á Zacatecas, creyendo que Osollo estaba ya en camino para venir á atacarlo en aquella ciudad.

Al llegar á San Luis Potosí, Osollo se enfermó de fiebre tifoidea; y cuando parecía que su vigorosa naturaleza iba á triunfar de la enfermedad, el mal creció visiblemente y el General Osollo se dispuso á morir en cristiano.

Nació Luis Gonzaga Osollo el 19 de julio de 1828 en la casa número 13 de la calle de la Palma en México, de padres distinguidos. Expulsado su padre, que era español, por el gobierno demagógico, cruzó los mares el niño Luis y vivió algún tiempo en Bilbao, lugar adonde su atribulada familia buscó un refugio. Derribado el gobierno de Guerrero, volvió á su patria el desterrado quien, llevado de sus instintos bélicos, ingresó como alumno al Colegio Militar. En 1841, á la edad de 13 años, fué nombrado subteniente del batallón de Zacatecas; el 28 de abril de 1843 ascendió á subayudante del cuerpo de granaderos; el 2 de abril de 1844 tenía el grado de capitán y logró encontrarse de los primeros en los memorables campos de la Angostura donde su temerario valor arrancó á los norteamericanos las fuertes posiciones de la derecha; el 21 de marzo de 1847 mereció, por su denodado comportamiento, ascender á comandante, y el 5 de octubre de 1853 llegó á teniente coronel, obteniendo el 8 de septiembre de 1854 el empleo de coronel efectivo. (*Rei*, 24 junio 1888).

Al triunfar la revolución de Ayutla, Osollo prefirió romper sus armas á someterlas á los enemigos del ejército y de la religión. Apenas estalló la primera revolución de Zacapoaxtla, ya Osollo estaba en sus filas, las dirigía sobre Puebla que ocupó en unión de Miramón y otros jefes igualmente valientes. En la acción de San Francisco Ocotlán, adelantóse baja una lluvia de metralla al frente de su batallón con el arma al brazo hasta traspasar la línea de Comonfort y quedar envuelto por sus contrarios.

Á consecuencia del funesto desenlace de aquella revolución, Osollo tuvo que refugiarse en los Estados Unidos donde padeció muchas necesidades. Habiéndolo sabido el Presidente Comonfort, le envió una libranza de mil pesos. Osollo inflexible se la devolvió dándole las gracias, pero negándose á recibirla por delicadeza, y prefiriendo ganar su vida como dependiente de un café en Nueva Orleans antes que recibir un favor de su enemigo político.

Á poco volvió á la República desembarcando en Santa Ana de Tamaulipas, disfrazado de marino inglés. Su figura europea, y lo bien que poseía el inglés facilitaron la ficción admirablemente y le ayudaron á burlar las pesquisas de los liberales. Osollo marchó á reunirse á las tropas pronunciadas en San Luis, protegió casi solo la retirada de ellas en el descalabro de la Magdalena, donde recibió una herida en el brazo derecho que le fué amputado.

Prisionero de guerra brindósele con la libertad si daba su palabra de fidelidad al gobierno demagógico: Osollo rehusó recobrar las comodidades de la vida á ese precio, y rechazó, cual si fuesen injurias, propuestas halagüenas y ofertas seductoras, conquistándose de ese modo el aprecio y respeto de amigos y contrarios.

Cuando estalló en la Capital el movimiento del 11 de enero de 1858, y se sublevó en Santo Domingo el General Parra, lanzando el grito de religión y fueros, á consecuencia de la política indecisa y sospechosa de Comonfort, los bandos opuestos se posesionaron de diversos puntos de la ciudad y rompiéronse al fin las hostilidades. Osollo y Miramón, que andaban expedicionando en el interior, acudieron con toda prisa á la Capital, pusieron al frente de una columna de infantería, salieron de la Ciudadela y ocuparon á viva fuerza los puntos del Hospicio y de la Acordada, el 20 de enero. Estaba dado el tiro de gracia.

El desfile de las tropas de Osollo y de Miramón por las calles de México se verificó en medio del entusiasmo general. Las ventanas y balcones fueron adornados con cortinas como en tiempo de las grandes solemnidades religiosas; llovieron flores ante los pasos del ejército libertador, y no había más que gritos de alegría y transportes de júbilo al desfilar las tropas. « Señoras hubo que arrojaron sus mantillas para que sobre ellas pasara Osollo; y el bizarro Coronel apeándose por un instante del caballo, recogía esas preciosas prendas de entusiasmo para devolvérselas á sus encantadoras propietarias. » (*Dar.*)

El joven Coronel que se resistía modestamente á ceñirse la banda verde de general, recibe el mando del ejército de operaciones sobre el interior, marcha con él hasta Celaya, y sólo su nombre basta para infundir terror en los soldados constitucionalistas que emprenden una fuga vergonzosa. Aunque superiores en número, va Osollo tras de ellos, los derrota en Salamanca, recibe la capitulación de Doblado, sigue en persecución del resto, hace capitular á Parrodi en Guadalajara, y reparte sus propias fuerzas, ocupando con ellas los Estados del interior. « El triunfo de Salamanca y la ocupación de Guadalajara, dice Vigil, pusieron de manifiesto la nobleza de su índole; pues, dió muestra de gran moderación en medio de las pasiones más exaltadas. »

El 27 de abril de 1858, Zacatecas cae en poder de Zuazua quien mandó fusilar á varios oficiales que habían caído prisioneros. Esos acontecimientos dolorosos hacen que Osollo se ponga nuevamente en campaña y llegue rápidamente á San Luis. Al solo amago de sus movimientos, se sobrecogen y repliegan hacia Zacatecas los fronterizos del feroz Zuazua; y cuando está en vísperas de alcanzar nuevos triunfos, la fiebre tifoidea lo postra en cama y llena de angustia al partido conservador que hace los votos más ardientes para la conservación de vida tan preciosa.

Conociendo Osollo el peligro en que estaba, pidió los auxilios de la religión que recibió el 18 de junio con una piedad edificante. Suplicó que le llevasen una imagen de la Purísima Concepción; y en presencia de ella hizo un esfuerzo para dirigirle estas fervientes súplicas: « Madre mía, sin ningún interés ni aspiración he defendido los derechos de mi patria y los de tu Hijo; ahora á tí te corresponde pedirle que me lleve á su reino. » En la tarde de ese mismo día, habiendo manifestado el deseo de ver al obispo de San Luis, D. Pedro Barajas, para que le auxiliase en sus últimos momentos, el prelado acudió gustoso al llamado de Osollo quien, pronunciando palabras llenas de fe y piedad cristiana, espiró el 18 de junio á las cinco de la tarde á la tem-

prana edad de treinta años, en los momentos en que la causa de la religión y del orden necesitaba aun del brazo poderoso de ese ilustre caudillo que fué siempre, como el caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.

Fué la muerte de Osollo una pérdida irreparable para el partido conservador, y un duelo general para la sociedad entera sin distinción de partidos. El día de sus funerales por todas partes no se veían más que lágrimas en los ojos del pueblo, de los soldados y de las señoras.

Con motivo de su muerte un periódico liberal, *Les Deux Mondes*, que se publicaba en México, decía : « Osollo se educó en Francia y había mamado, por decirlo así, en los primeros años de su vida, esa jovialidad francesa y ese entusiasmo que en ninguna otra parte se encuentran. La agudeza de ingenio, la generosidad, la viveza y un proceder franco permanecieron siempre en el fondo de su carácter. Aunque en política no pensamos como él, esto no nos impide el estimarle con sinceridad, porque era profundamente simpático; no podía uno menos de quererlo, porque era franco, leal y valiente. »

« El General reaccionario Osollo, dice Guillermo Prieto, era tan valiente como generoso y de noble carácter. »

Según Justo Sierra, « la conducta de Comonfort con el coronel Osollo, hombre de gran valor y notable prestigio entre sus compañeros de armas, fué típica; siempre en lucha, conspirando siempre en su patria ó en el extranjero, Osollo, vencido y rehecho, sin cesar y perpetuamente en la brecha, tuvo que esquivar los favores y halagos del gobierno, que en la rebelión, en la derrota, en el extranjero, perseguía al joven oficial con ofertas y regalos noblemente rechazados. » (*Ez.* p. 245).

« Osollo, escribe el señor Portilla, era el más formidable, el más valiente y al mismo tiempo el más leal de los enemigos que tenía el gobierno. Era el tipo de los jóvenes nacidos para la guerra y para la gloria; y su bella figura resplandecía aun en el cuadro de horrores en que las desgracias de su país le colocaban. Comonfort no sólo estimaba sus cualidades en lo que valían, sino que tuvo siempre por él una extraordinaria predilección; y era curioso oír de su boca en aquella época de odios implacables y de pasiones vengativas, las alabanzas del caudillo rebelde. Osollo no le había sido infiel; no había burlado su confianza; no le había estrechado la mano para venderle; y no sólo no había hecho esto, sino que había rechazado de él sus favores, por no manchar su papel de enemigo con el borrón de ingrato. Por éso, el Presidente le hacía justicia y se la hacían también los más decididos partidarios de la administración. »

Aquél que no le hizo justicia y reprobó su oposición á las leyes anticatólicas del gobierno de Comonfort, es un escritor que se titula católico y á la vez se empeña en prestigiar á los peores enemigos de la Religión. Siendo Director de *La Voz de México*, en donde por vez primera se publicó la presente biografía, temió lastimar á los liberales con aparentar ser el autor de ella, y por lo mismo, condenó implícitamente su contenido diciendo que « dejaba al autor del artículo la responsabilidad absoluta de sus apreciaciones. » (17 febr. 1899).

Éso no obstante, el mejor elogio que se pueda hacer del General Osollo está en la desaprobación de su conducta política por los católicos del estilo de Trinidad Sánchez Santos, y en la prueba clarísima que nos dejó del desinterés con que peléo por la causa católica. Aquel militar que desempeñó los primeros cargos del ejército y tuvo tantas oportunidades para enriquecerse, no poseía, al morir, otra cosa de que disponer para dejar á su madre y hermanas, sino tres caballos, su reloj y dos pistolas. Con la paga que aun le faltaba recibir, encargó que se entregaran cien pesos que debía por uno de sus caballos.

Muerto Osollo, los jefes conservadores reunidos en San Luis Potosí se disputaron el mando, y nadie quería obedecer. Sabedor de ese desconcierto, Zuazua pudo el 30 de junio tomar con sus 6,000 soldados la plaza guarnecida por 1,500 hombres, y tanto más fácilmente cuanto que se batió sólo la quinta parte de la guarnición. Sin embargo, no entró á San Luis sin sufrir una considerable pérdida de los suyos muertos á manos del pueblo potosino que durante seis horas combatió contra aquellas hordas. Después del triunfo saquearon la ciudad y como complemento, le impusieron un préstamo de \$ 200,000, encarcelando á cuantos no pudieron satisfacer la cuota que se les asignó.

Salieron desterrados de San Luis, y sin formación de juicio, el obispo y veintiseis sacerdotes. Ese rasgo de intolerancia sectaria acrecentó aun más el odio de los católicos hacia Zuazua; y éste, para evitarse una manifestación desagradable, mandó que los desterrados saliesen de la ciudad á media noche, escoltados por una fuerza de caballería que los llevaba á Monterrey.

En varios puntos de la República los liberales sufrían derrotas tras derrotas. « En 1858, dice Frías y Soto (*Glor* 129), casi todo el país estaba en poder de la reacción victoriosa. » El General conservador D. Tomás Mejía se apoderó de Tampico que defendía Juan José de la Garza. Miramón libertó á Guanajuato del sitio que le puso Degollado á quien persiguió y derrotó en las barrancas de Atenuque, quitándole gran parte de su artillería y haciéndole huir sin descansar por espacio cuando menos de treinta y seis horas. Pueblita estaba asediando á Guanajuato defendida por una corta guarnición; pero sus chusmas que alentaba la esperanza del pillaje cometieron tantas atrocidades en los arrabales de la ciudad que el pueblo todo se levantó en masa y obligó á Pueblita á darse prisa en levantar el sitio.

Los jefes de las tropas liberales eran casi todos personas de baja extracción que no pudiendo medrar en el desempeño de su oficio se lanzaban á la revolución, por ser ésta el camino más corto para enriquecerse, y retaban á muerte al clero, al ejército y á los ricos que eran, según *El Progreso* de Aguascalientes, los tres enemigos de la libertad. El General liberal Jesús Villalba proclamaba que empuñaba las armas « para que no quedasen impunes los atroces crímenes de los ricos. » En septiembre de 1858 Juárez daba el ascenso de Comandante de escuadrón al ladrón y asesino Eduardo González que había sido sentenciado, tres años antes, á sufrir la pena capital. La prensa liberal no negaba que muchos defendían la Constitución bajo el único pretexto de entregarse al pillaje. Concretándose á un hecho particular, decía el *Boletín del Ejército Federal* con fecha 7 de septiembre de 1858 : « El

Mayor General D. Francisco Iniestra ha mandado dar de baja al Comandante de batallón D. José María Alatorre, por una mera delicadeza. Ha desertado llevándose caballos y monturas de la división. Si el Mayor General de los constitucionalistas sigue con estos escrúpulos, de seguro que antes de ocho días tendrá que dar de baja hasta al General en jefe de su división que no es más honrado que sus Comandantes de batallón. »

Para pagar su ejército los constitucionalistas decretaban la nacionalización de los bienes eclesiásticos, imponían préstamos forzosos á los pueblos donde caían sus huestes, encarcelaban á los ricos, los mutilaban, los hacían ayunar hasta que entregasen el precio de su libertad como hizo en Tampico Juan José de la Garza. 'A todos los comerciantes de ese puerto impúsoles en septiembre de 1858 un préstamo de \$ 100,000 que no se pudieron entregar por no haberlos en esos momentos. Entonces Garza puso presos en un sitio húmedo y malsano, sin camas ni sillas, á todos los comerciantes, y prohibió terminantemente que se les diese de comer. Los presos capitularon á las 12, 24, 30 y 40 horas, según la naturaleza más ó menos robusta de cada uno, y de todos ellos Garza reunió la suma de \$ 60,000.

No obstante el producto de las aduanas, los préstamos forzosos impuestos á los pueblos donde predominaban los intereses conservadores, y el robo de los diezmos, los liberales llevaron la impiedad y el sacrilegio hasta « despojar las catedrales de su argentería y de sus joyas, y de sus riquezas á cuantas iglesias podían. » (E*v.* p. 262.)

La dolorosa impresión producida por el robo de la iglesia de Lagos, que cometió el General Miguel Blanco, se aumentó sobremano cuando Epitacio Huerta, Gobernador de Michoacán, mandó saquear la catedral de Morelia. No satisfecho con haber sacado de esta ciudad más de un millón, impuso á la catedral un préstamo de noventa mil pesos. Con el fin de evitar tamaño despojo, el comercio abrió una suscripción y reunió veintiún mil pesos que Huerta rechazó diciendo que importaba más la plata de la catedral.

El 23 de septiembre de 1858, á las seis de la mañana, una fuerza de más de 200 hombres mandada por Miguel Blanco y Porfirio Pérez de León, se introdujo en la catedral llevando consigo herreros y plateros para que quitaran las hojas de plata que cubrían el balustrado de la crujía. Muchos de esos artesanos, horrorizados de prestarse al sacrilegio, rehusaron cooperar al saqueo, y por ese motivo fueron conducidos á la cárcel, siguiendo la operación con otros de conciencia menos timorata.

'A fin de evitar mayor profanación, el Padre sacristán se preparaba á consumir al Santísimo, cuando Porfirio Pérez de León con pistola en mano lo abofeteó, y en medio de las blasfemias más horribles le impidió cumplir con su deber. Lo que se quitó primero fueron las lámparas de plata, las custodias de oro, los vasos sagrados, la crujía, la corona, clavos y cantoneras de la Virgen de la Soledad, los incensarios, blandones, ciriales, frontales y perspectiva del coro todo de plata, los diamantes, piedras preciosas y en fin cuanto de valor y de exquisito se había ido reuniendo per medio de las economías, donaciones y sacrificios hechos por los obispos, cabildos y fieles, á favor de su catedral, por espacio de los dos siglos que tenía de haber sido

fundada. Hasta las tumbas de los muertos fueron ultrajadas y robadas por los liberales quienes arrancaron los pastorales que en sus dedos descarnados llevaban los obispos difuntos. Cinco días con sus noches duró aquel saqueo que produjo 413 arrobas y 20 libras de plata, una arroba de oro y un sinnúmero de perlas, diamantes y piedras preciosas cuyo valor se calculó en medio millón de pesos (V*ig* p. 330), no quedando absolutamente nada, ni un solo cáliz para celebrar misa.

Cuando cundió por la ciudad la noticia del despojo sacrilego de la catedral, la consternación, el duelo y un sentimiento de indignación se apoderaron de todos los habitantes. Temeroso de que un serio motín brotase de aquel sentimiento general, Epitacio Huerta repartió las tropas en varios puntos de la ciudad, previno á los artilleros con las piezas cargadas y disfrazó á varios soldados á quienes envió á recorrer las calles. Tres señoras que lloraban en sus casas lo que pasaba en catedral y cuyos lamentos percibieron los espías, fueron brutalmente llevadas á la cárcel, mientras que dos pobres artesanos, que deploraban entre sí esos mismos sacrilegios, fueron asesinados por la soldadesca que los atravesó á bayonetazos.

En el paso que dió en esa ocasión Epitacio Huerta, la nación horrorizada no vió más que la agravación de la persecución religiosa iniciada poco antes con el destierro del obispo de Morelia, el señor Munguía y de varios eclesiásticos de aquella diócesi. El día en que salieron desterrados, los demagogos lo celebraron con un banquete en que improvisaron el siguiente brindis :

Brindo porque llegue el día
En que Vidaurri severo
Convierta en puro dinero
El cáliz y la crujía ;
Y brindo porque á porfia
Arda en profundo brasero
Todo el católico clero
Teniendo en medio á Munguía.

Esos actos de rapiña é impiedad « produjeron una impresión profunda en la sociedad michoacana, » confiesa Vigil (p. 330), y atrajeron á Huerta hasta la execración, no sólo de « muchos liberales, » (ibid) sino de su misma parentela, llegando una de sus primas á escribirle en 28 de octubre en los términos siguientes : « Muy señor mío : Extrañará ud que no le dé el dictado de primo, pero desde que ud ordenó el robo sacrilego de la iglesia catedral de Morelia, renegué una y mil veces del parentesco que nos ligaba, hasta que me resolví á romperlo públicamente, reuniendo al efecto á mis hijos y hablándoles de este modo : Queridos hijos, hasta hoy D. Epitacio Huerta ha sido tío de ustedes y primo mío; en lo de adelante ni yo ni ustedes reconocemos en él parentesco alguno. Ese hombre se ha manchado con un Crimen espantoso : siendo Gobernador dió el escándalo de mandar saquear el templo de Dios; y como nuestro silencio podría perjudicarnos, voy á escribir á D. Epitacio, diciéndole que ni ustedes son ya sus sobrinos, ni yo su prima. Ésta es mi firme resolución, señor D. Epitacio; y usted convendrá en que teniendo yo tres hijos varones y dos mujeres ya en edad de conoce

al atentado que ud cometió, sería una madre indigna si no reprobese la conducta de una persona que por el puesto que ocupa, ha dado un ejemplo de funestas consecuencias. Adjunta á esta carta encontrará ud la libranza de los cien pesos que me envió para remediar las necesidades de mi numerosa familia; me es imposible hacer uso de ese dinero, porque á cada paso me asaltaría la idea de que pertenecía á la plata robada del templo. » (*Av.* 9 dic., 1858.)

Aun sus mismos correligionarios se avergonzaron de él. Para no cargar con la responsabilidad del saqueo de la catedral, el Congreso de Morelia rehusó admitirle su renuncia del mando de Gobernador, fundándose, según confesión del mismo Huerta, en que no habría nadie que pudiera sostener el gobierno de Michoacán después de dado el paso de la plata de catedral. Protestaba con el mayor descaro que su conciencia estaba tranquila, que no temía el fallo de la Historia, ni de la opinión pública. En la carta que dirigió á Degollado el 20 de octubre de 1858, le decía: « Conforme ud se sirvió aconsejarme, reuní el Congreso para hacerle entrega del gobierno y salir yo á expedicionar con la división de mi mando; mas no fué admitida mi dimisión, porque se me manifestó que nadie podría sostenerlo después de dado el paso de la plata de catedral, y que en tal virtud debía yo de continuar en el gobierno. Ésto no ha remediado los males de que he dado á ud aviso; lejos de éso, se me sigue hostilizando por algunos liberales, y mucho más por unos á quienes he distinguido y considerado sobremanera, que son Portugal y Menocal. Estos hombres no contentos con haber formado proyectos contra mí, ajan mi reputación diariamente, haciéndome cargos tan terribles que aun el enemigo más encarnizado de nuestros principios tendría remordimiento y vergüenza de ellos. Por lo que suplico á ud que con el tino que lo caracteriza, dicte alguna providencia para hacer cesar estos males; que con el tiempo estoy dispuesto á responder á los cargos que se me hagan, y ésto con la seguridad que da una conciencia tranquila que no teme el fallo de la Historia y de la opinión pública. » (*Av.* 27 abril 1859.)

No se equivocó del todo Epitacio Huerta al apelar al fallo de la Historia tal como la escriben los masones que se prometen nada menos que « arrancar el cáncer del catolicismo, » según dijo uno de ellos (*Glor.* p. 163), puesto que Vigil santificó el saqueo de la catedral de Morelia, valiéndose de un razonamiento que por cierto á ningún héroe de encrucijadas desagradará. « El derecho de la guerra, dice (p. 331), autoriza á los beligerantes para privar al enemigo de los elementos con que pueda perjudicarle, destruyéndolos en el último caso de no lograr convertirlos en provecho propio. » Efectivamente, graves perjuicios causaban á los liberales, los copones, relicarios y custodias de oro, las lámparas, crujiás é incensarios de plata en que se había quemado tanta pólvora para batir á las huestes de la demagogia. ¿ Qué otra disculpa de tan horrendo sacrilegio podía esperarse de un masón cuya *Historia de la Reforma* ostenta en la carátula las insignias de la tenebrosa secta, para que desde un principio se sepa cual es el espíritu que informa esas páginas que rebosan un odio sectario mal disimulado hacia la Iglesia Católica y sus venerandas instituciones?

Casi en el mismo tiempo en que Huerta realizaba sus hazañas en Morelia, Degollado se presentaba con 4,000 hombres enfrente de Guadalajara defendida sólo por 800 soldados bajo las órdenes de los Generales conservadores Casanova y Blancarte. Entre las chusmas de Degollado venían Antonio Rojas, Esteban Coronado, el ladrón Juan Rocha que se había escapado del presidio, Pérez Hernández prófugo él también de las cárceles de Querétaro y Mazatlán, que por sus crímenes había sido desechado por el mismo Huerta, y un pirata norteamericano llamado Cheesman quien fué, por sus incendios, horadaciones y minas, el genio exterminador de Guadalajara. La voz pública acusó á esos bandidos de haber envenenado las vertientes de agua que surtían todas las fuentes de la ciudad. En el barrio llamado de la Capilla los sicarios del feroz Rocha se apoderaron de una tienda, saquearon cuanto en ella había, destruyeron lo que no pudieron llevarse, y después, atando al dueño, lo golpearon brutalmente, y en su presencia estupraron á su hermana, á su esposa y á su hija. Casi todos los días, decía la prensa católica, eran señalados por semejantes escenas.

Á los treinta y dos días de asedio, el 27 de octubre de 1858, Degollado entró á Guadalajara dando fuego antes á nueve minas que al estallar volaron á multitud de edificios y sepultaron bajo sus escombros á un sinnúmero de inocentes. La lucha se hizo imposible, y el General Blancarte tuvo que rendirse con su puñado de valientes. Se le exigía que prestara juramento de obedecer la Constitución, y de no volver á empuñar las armas contra los liberales, á todo lo cual se negó terminantemente. Ante una resolución tan enérgica no se atrevió Degollado á llevar las cosas al extremo, y quedó el General Blancarte sin compromisos, de la misma manera que los demás jefes y oficiales conservadores á quienes se dió la garantía de la vida.

Treinta y seis horas duró el saqueo que fué acompañado de actos inauditos de salvajismo. Á pesar de la palabra dada, Antonio Rojas asesinó cobardemente al General Blancarte y hundió su espada en el pecho del licenciado Felipe Rodríguez á quien después acribillaron á balazos. Degollado fingió horrorizarse de esos asesinatos y declaró hipócritamente á Rojas fuera de la ley, lo cual no impidió que éste se paseara libremente en Guadalajara, siguiera mandando una sección del ejército liberal, y fuera indultado por Degollado seis meses más tarde, « en consideración, como dijo éste, á los importantes servicios que había prestado en defensa del orden constitucional., en mérito de que la opinión pública estaba á su favor., y en atención á que los enemigos de la democracia calificaron de hipócrita y mala fe la disposición que declaró á Rojas fuera de la ley. »

En esa ocasión Degollado no fué menos sanguinario que Rojas. El dos de noviembre, cinco días después de la toma de Guadalajara, iban fusiladas sesenta y cuatro personas notables de la ciudad, y entre éstas, algunas lo fueron en medio de horribles escenas de salvajismo.

Refugiado el Coronel conservador Monayo en la casa del cónsul francés, éste fué confiadamente á pedir á Degollado garantías para su huésped. Recibióle Degollado con mucha afabilidad, celebró la salvación de Monayo, diciéndole que desearía hablarle, y que lo trajera á su presencia. Preguntó el